



Antofagasta en 100 Palabras

Los mejores 100 cuentos
de la décimo sexta edición

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS DE LA DÉCIMO SEXTA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio
Abril de 2026

Selección | Fundación Plagio
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio, Francisca Alegría y Patricia Holmqvist
Edición | Sebastián Astorga Ariztía

Inscripción n° 2026-A-2135 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-72-9
Tiraje: 20000 ejemplares
www.antofagastaen100palabras.cl

Impreso en Santiago de Chile por A Impresores
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA



Antofagasta en 100 Palabras



Desde el inicio de nuestras operaciones en 1991, hemos buscado aportar no solo al crecimiento productivo de la región, sino también al impulso del arte y la cultura, entendiendo su valor como un aspecto clave en la conformación de sociedades.

Hoy, al celebrar 35 años de operaciones, como Escondida | BHP reafirmamos nuestro compromiso con la vida cultural del territorio y con aquellas iniciativas que fortalecen su identidad, su creatividad y su vida comunitaria.

En ese camino, ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS se ha consolidado como una de las iniciativas culturales más queridas y transversales de la región. A través de relatos breves, este concurso ha abierto un espacio para que miles de personas –niños, jóvenes y adultos– compartan sus

miradas sobre la ciudad, sus paisajes, sus recuerdos y las pequeñas historias que, juntas, dan forma al espíritu único de Antofagasta.

En estas páginas conviven talentos emergentes que descubren por primera vez el poder de la escritura, junto a plumas experimentadas que encuentran en este formato un nuevo desafío creativo. Cada relato es una mirada singular sobre el territorio y, al mismo tiempo, una pieza de la memoria colectiva que continúa construyéndose entre quienes habitan esta región.

Esta nueva edición de *Los mejores 100 cuentos* es también una invitación a seguir reconociéndonos en nuestras historias. Porque cada relato reunido en este libro es, en sí mismo, un pequeño descubrimiento: historias que estaban allí, esperando ser encontradas, compartidas y recordadas.

ESCONDIDA | BHP

A través de estas páginas te invitamos a recorrer la región por medio de las palabras. Las historias reunidas en este libro capturan instantes mínimos y luminosos: el asombro frente al paisaje cotidiano, el brillo del mar al atardecer o el silencio del desierto al anochecer. También hay relatos que nos recuerdan que cada lugar se construye a partir de memorias compartidas. Son cuentos que hablan del paisaje, pero también de lo que ese paisaje provoca en quienes lo habitan.

En estas páginas se asoman el mar, los cerros y las micros. Aparecen también los personajes que forman parte de su memoria: vecinos, pescadores, estudiantes, abuelos, niños y niñas que observan, imaginan y narran la vida en Antofagasta. A veces el tono es nostálgico; otras, humorístico o fantástico. Cada relato abre una ventana distinta hacia este territorio y hacia quienes lo viven día a día.

Desde Fundación Plagio creemos profundamente en el poder de la escritura como una forma de encuentro. Durante años, ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS ha sido un espacio abierto donde niños, jóvenes, adultos y personas mayores comparten su voz, su imaginación y su experiencia. Cada cuento recibido confirma que la creatividad vive en todas partes y que las historias más significativas muchas veces nacen de lo cotidiano.

Este libro es una invitación a detenerse y escuchar esas voces: a reconocer en ellas fragmentos de nuestra propia vida y a descubrir, en cada texto, nuevas maneras de mirar la región. Porque cuando una comunidad se atreve a contar sus historias, también construye memoria, identidad y futuro. Estas páginas son prueba de ello: una región narrada por quienes la habitan, una región que sigue imaginándose a sí misma. Una región con cuento.

FUNDACIÓN PLAGIO

Pa'ti, Carmen

¡¡¡Turururururu turu turu!!! Bombos, platillos y trompetas, danzas extravagantes con trajes que antes me daban miedo, pero que ahora porto.

JHON APARICIO HERNÁNDEZ, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Con el corazón en la mano

Cada miércoles había feria en la Lautaro. Mi mamá bajaba caminando a comprar verduras, luego subía cargada con bolsas. Siempre me decía: «espérenme, para que me ayuden». Un día abrí la puerta y allí estaba muy colorada y pregunté: «¿mamá, qué pasó?». Me contestó: «¡venía con el corazón en la mano!», y me asusté. Me dijo que estaba muy cansada y cuando pasó eso, el corazón se le salía por la boca y lo llevaba en la mano, hasta que llegaba a la casa. Luego, antes de golpear la puerta, se lo tragaba para colocarlo en su lugar.

MARÍA SALFATE LÓPEZ, 55 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Encrucijada

Dos colosos frente a frente. Ambos fundidores de plata. Uno se ha quedado atrapado en el tiempo y el otro corre como si el tiempo se acabara. Yo me encuentro en el medio, pensando si entro al museo o me sumerjo en esa máquina de juegos.

EDUARDO CORTÉS PEÑA, 53 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Cielo de fuego

En Antofagasta el atardecer es gratis, pero se ve como si costara caro. No tenemos verde, pero sí cielo de fuego.

FERNANDA SILVA SALOMÓN, 29 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Parrafaseando

Creemos ser una perla y la verdad es que somos apenas un grano de arena.

GASTÓN HINOJOSA ZÁRATE, 33 AÑOS, CALAMA.

Hornito de colores

Mención Honrosa

Dos rayitas de óxido de zinc en cada pómulo y un beso en la frente bastaban. Protegidos y bendecidos. En todo caso, el sol, la sal, las medusas, las conchas y los poderosos tumbos no eran nuestros enemigos. Nada lo era. Ni siquiera los quiebres de estación o el mismísimo tiempo. Y si bien los *prosit* y tu sonrisa suelen difuminarse, sé que gozas cada vez que volcamos la mirada hacia los cerros morados, los acantilados mostaza y el gris menos triste de nuestras oleadas familiares. Juntos, en ese ritual con el que esperamos cada pan en lata recién horneado.

GONZALO ARTAL HAHN, 49 AÑOS, MEJILLONES.

Frío

En Antofagasta el frío es distinto. No es de nieve ni de lluvia ni de hielo. Es frío de desierto, de ese que te cala en los huesos como una puñalada. Es de camanchaca, que no te deja ver más allá de donde alcanza la mirada. Es de viento, con un sol que te abrasa la piel y que a veces no te deja mover. Es el frío de mi casa, que solo pasa cuando puedes tomar un té calentito con leche condensada.

MARIANA GUTIÉRREZ RAULD, 33 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Siempre fuimos changos

Nos criamos en Punta Brava a pata pelá, capeando tumbos, recolectando huiro, choritos, piures, caracoles, erizos y pescando, durante el verano recorríamos las costas del litoral de la II Región, dormíamos en una carpa hecha de sacos, nos gustaba ponernos guata al sol, mirar el cielo y disfrutar del canto de las gaviotas y garumas aspirando el aroma del mar. En la escuela nos decían locos, porque éramos hijos del Loco Julio, pescador de tomo y lomo a mucha honra, nuestra madre cocinaba a leña y vendía pescado en un carretón.

SABINA RAMOS LÓPEZ, 54 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La voz del mar

En Antofagasta el mar choca con las rocas, como si hablara. Los niños lanzan piedras al agua mientras sus abuelos les dicen que esa ciudad tiene memoria. Ellos no entienden bien, pero creen que algún día el mar les responderá.

FRANCO CAMPOS FUENTES, 15 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Luces ancladas

El desierto, un lienzo de ocre y arenas, guarda secretos de eras pasadas en valles profundos, en noches serenas, donde las estrellas son luces ancladas.

DAYANA ROBAYO ANGULO, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El truco de mi abuelo

«Cuando se tiene la oportunidad se aprovecha». No pensé eso antes de ir a la feria de las pulgas con mi abuelo. En la feria estábamos saltando de puesto en puesto y pillando lo más llamativo. Fácilmente terminaba fijándome en algún juguete de algún puesto, pero mi abuelo recomendaba: «Exploremos, quizás hay algo mejor más adelante». Seguimos caminando sobre piel y entre pelos de animal y yo no encontraba nada mejor. Para el colmo, ya de vuelta, muchos puestos habían desaparecido como por arte de magia junto al objeto de mi interés. El truco de mi abuelo funcionó.

VÍCTOR PIZARRO FUENTES, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Cielo estrellado

Premio al Talento Joven

Cada noche Antofa brillaba desde los cerros como un cielo invertido. Camila, desde su ventana en la toma La Chimba, imaginaba que cada luz era una estrella esperando ser alcanzada. Su padre le prometía que algún día vivirían abajo, donde las calles son pavimentadas y el agua salía con solo girar la llave. Una madrugada, un apagón dejó todo en penumbras. Camila no lloró, encendió una linterna y dibujó constelaciones en el techo. «Ya vivimos en el cielo», susurró. La ciudad dormía sin saber que, en lo alto, una niña ya estaba conquistando su propia galaxia.

ARACELLI FERNÁNDEZ QUEA, 17 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Aún estoy aquí, no me ignoren

Aún estoy acá, y ustedes no me entienden, no me ignoren, no me gusta estar sola, solo trato de que me acompañen, a veces quisiera salir, pero no me atrevo, ya no me gusta, y quisiera dormir tranquila sin tanto ruido, ¿es eso mucho pedir? Quisiera verlos a todos, pero también sé que tampoco pongo mucho de mi parte, porque ahora ni siquiera cocinar me gusta, ya que hasta a los platos sucios les hago el quite, pero no es de floja, solo es que no quiero hacer nada más que sentarme a ver televisión, dormir un poco y soñar.

SILVIA ROLDÁN MIRANDA, 83 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El fantasma de la 109

Dicen los rumores, cantan los gallos, murmuran los ancianos y apunta el guanaco, la mirada perdida de Florencia o las delicias de Saavedra, quién sabe lo que sucedió, solo se oyen las rutas del pasado, algunos dicen el terminal, otros también que opera un recorrido desde avenida Jaime Guzmán, quizás hasta Caletera Pedro Aguirre Cerda, otros que pasa por Oficina Anita, Oficina Petronila y Lomas del Sur, entre otras como la Universidad de Chile en su acceso Coloso, dicen que murió de soledad, otros que de angustia, algunos dicen que cambió, yo digo que tendré que tomar la 102.

DAVID VELÁSQUEZ RIAÑO, 20 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La micro 129 y mi gran carrera

Todas las mañanas empieza mi aventura. Le pido a mi mamá que me despierte a las cinco, pero al final me levanto a las seis porque mi cama no me quiere soltar. ¡Ahí empieza la locura! Me visto volando y salimos corriendo a la micro 129. A veces pasa de largo como si no me viera, aunque le muestre mi dedo regordete. En el camino siempre me quedo dormido, pero despierto justo cuando vamos por Evaristo Montt. A esa altura se ve el cerro El Ancla, como saludando. ¡Mi Antofagasta siempre está conmigo en esta carrera!

ALEJANDRO LEIVA ARANCIBIA, 11 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Los cuatro países

Primero agarré una Esmeralda porque ahí es donde vivo, pasé por 14 de Febrero y fui al Parque Croata donde me divertí muchísimo, después de eso fui al Parque Japonés donde aprendí de su cultura, continué camino a avenida Grecia y luego a avenida Argentina, todo sin salir de Antofagasta. No sabía que podía explorar cuatro países en un solo día.

GABRIEL MUJICA MARTÍNEZ, 10 AÑOS, ANTOFAGASTA.

En dos

Caso curioso Antofagasta, Moisés necesitó a Dios para separar el mar, aquí solo fue necesario un tren para separar a la ciudad.

ANDREW TRENCH AHUMADA, 24 AÑOS, ANTOFAGASTA.

¿Qué es Antofagasta?

Puede ser muchas cosas, una ciudad, un lugar mágico, un sitio lleno de atracciones turísticas, pero ¿para mí? Es un hogar, es la 119, es La Portada, es un lugar que yo amo, y nunca me quiero ir de aquí.

EMILIANO ROJAS RIQUELME, 11 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La María

La María venía cada día, llena de bolsas y chucherías, se sabía cada nombre de conductor, propietario y número de máquina. Sin duda entre sus locuras había verdades enredadas, la vi llegar cada día durante muchos años a este lugar. Los conductores decían que les traía buena suerte y más vale que le respetaran la parada porque si no les iba mal. La María ya no viene, de seguro anda en algún recorrido y olvidó dónde bajarse.

A. VALESKA ARAOS ORTIZ, 40 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Isla Santa María

Papá siempre solía decir que el mar es nuestro amigo, él era buzo. Cuando pequeña me llevaba a una misteriosa isla alejada de la ciudad, se llamaba Isla Santa María y emocionada solía esperarlo, sentadita a la orilla del mar, porque sabía lo que se venía... un rico piure con cebollita y limón. Ahora ya grande voy y lo sigo esperando, desde esa vez que nunca más lo vi salir de nuestro amigo mar.

CONSTANZA PARRA URRUTIA, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Razones para no ir al colegio

Lunes en Antofagasta. Me levanté con odio, cara de almohada pegada y cero ganas de ir al colegio. Subí a la 107 como zombi, soñando con un temblor para que cancelaran las clases. Pero no; el karma me despertó, saz, patiné y quedé plancha en el suelo. Todo el colegio y hasta en otros colegios mirando. Entre gritos, risas y mil celulares grabando. Ahora soy sticker de wasap, fondo de pantalla de mis amigos y leyenda viviente del recreo.

EMILIANO GALINDES VILCHEZ, 14 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Y pensar que

Y pensar que hay gente que no conoce la brisa del mar, el caminar por la costanera con el sol en la cara, quizás ni siquiera han visto un lobo marino.

JAVIERA CABELLO OLIVOS, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Pariente de los lobos

Vivía en el terminal. Guatita al sol, difusa imagen. Parece que el estar muy cerca de los lobos había hecho su efecto y su figura había migrado a la de uno. No había cachito de empanada al cual le hiciera asco. Lobo para los locales, José para los pescadores, fotografía fija para los turistas. El perro era realmente un espectáculo.

GABRIEL PÉREZ LORCA, 31 AÑOS, SAN PEDRO DE ATACAMA.

Luna de lunes

Lunes, seis de la mañana. La ciudad despierta a bocinazos y motores viejos. Las micros rugen llenas, como si el tiempo fuera enemigo. En cada esquina, escolares con mochilas enormes esperan soñolientos. Padres con café en mano y mirada apurada arrastran a sus hijos entre el caos. Una madre tropieza, un niño llora porque olvidó su cuaderno. El chofer no espera. Todos corren, todos llegan tarde. La rutina se impone como un reloj furioso. En medio del ruido, alguien ríe. Un niño cuenta un chiste en la micro. Por un segundo, el lunes duele menos.

MIGUEL LOYOLA ÁLVAREZ, 39 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Vivir como el mar

Quisiera ser como el mar que miro desde la costanera, antes de llegar al Balneario: desbordarme, rugir, cambiar de forma y de colores. En definitiva, vivir.

NADIA ROJAS RIQUELME, 37 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Recuerdos del norte

Gabriel miraba el mar desde el muelle histórico. El sol cae lento sobre Antofagasta. «Antes peluseábamos calleta por aquí», le dijo a su hermano menor. Recordó los carretes en Binilla y las risas con su mamá, antes de que partiera. «¿Te acordái de la feria de La Chimba?». «Sipo, y del viejo que vendía sopaipillas» –respondió el hermano y ambos rieron. A pesar del polvo y el calor, esta ciudad es hogar, el viento sopla el mar de recuerdos.

AARON MOYE GUARY, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Polvo

Limpiamos la terraza y el polvo volvió en una hora. Antofagasta nunca queda quieta, ni siquiera cuando uno quiere descansar.

SANDRA HUANACUNI RAMOS, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Aluvión

Dicen que la ola que se vino desde los cerros fue re grande. Que dejó la tendalá. Que en la noche se oían gritos y el agua rugiendo. Que cuando se cortó la luz, todo fue peor. También me dijeron que el barro se metió por todos lados, que se llevó los muros y arrastró a la gente. Que no hubo mucho que hacer. La ciudad se quedó a ciegas y cubierta de muerte. Yo la vi distinta, no por el barro que avanzó hasta la misma playa y tapó los tanques del regimiento... Los cerros estaban desnudos de gente.

En memoria de Silvia Castillo Correa.

CINTHIA ROJAS CASTILLO, 51 AÑOS, ANTOFAGASTA.

1991

Me desperté entre escombros. Con la piel llena de mugre y el alma cubierta de heridas insanables. De mi pasado no quedó nada. El barro se llevó hasta el último de mis sueños y mis fantasías. También barrió con mis miedos y pesares. Hasta que solo quedamos yo, mi suerte y mi futuro.

MARÍA FRANCISCA SEGUÍ ARCOS, 41 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Memoria inclinada

El 30 de julio del 95, la Virgen quedó inclinada en la Catedral. Desde entonces inclino la del velador. Así recuerdo que Antofagasta tiembla, pero nunca se rinde.

ANÍBAL ZAMORANO PINET, 38 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Una Antofagasta bajo el mar

Un día, de repente y sin avisar, vino una ola convirtiéndolo todo en mar. Había peces en las plazas, conchas en las casas y toda Antofagasta bajo el mar se encontraba.

JHASMÍN CONDORI CHOQUETICLLA, 12 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Silencio de rieles

El tren ya no pasa como antes. Los rieles siguen ahí, oxidados, cruzando la ciudad como venas dormidas. Mi abuelo trabajó en el Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia. Me contaba que los vagones rugían como monstruos de hierro, y que el silbato se escuchaba hasta en los cerros. Cuando murió, guardé su gorra con la insignia del FCAB como un tesoro. A veces camino por la línea imaginando su silueta bajando del tren, saludando con la mano en alto. Antofagasta ya no vibra con el mismo estruendo, pero si uno cierra los ojos todavía se escucha el eco del acero.

JOSEFA CORTÉS LILLO, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Cuerpos de sal y piedra

Antofagasta despierta con el golpe del oleaje y el canto lejano de las gaviotas. Los cerros quietos observan cómo el mar acaricia la costa. El muelle histórico cruje con la brisa y las líneas del tren se oxidan en silencio. La ciudad respira sola, hecha de sol, polvo y memorias.

KATALINA PEREIRA ROJAS, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Antofagasta en llamas

Cobre y salitre arden bajo un sol implacable. El Pacífico azota rocas oxidadas de historia. Calles que respiran brisa marina, noches de puerto y pescado frito.

DARLA YUGAR NICASIO, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Espinas

Aquí aprendí a resistir, como el nacimiento de un cactus entre dos rocas.

GABRIELA GUEVARA AVALOS, 14 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Desencuentro

Tú tan verano en el Balneario con bellos atardeceres y
yo tan invierno en La Portada con tardes nubladas.

NAYELI QUISPE CONDORI, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Vivir en Quillagua

Vivo en Quillagua, un lugar pequeño en medio del desierto. Dicen que es el más seco del mundo, pero para mí tiene vida. Ayudo a mi abuela a regar sus plantas con cuidado. Camino por el río seco imaginando cómo era antes. Una vez encontré una piedra con forma de pez. Pensé que era una señal, algo que el río dejó. A veces sueño con agua corriendo fuerte, árboles verdes y risas. Cuando despierto todo sigue igual, pero no pierdo la esperanza. Sé que algún día el río volverá a hablarnos.

VALENTINA ASCENDRA MENA, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Ni irse ni quedarse

Vivir en Antofagasta es caminar entre fuego y sal. El sol quema, el viento golpea, el desierto calla... pero el mar susurra. Todo confunde: el cielo es bello y cruel, la tierra árida pero viva. Uno piensa en huir, pero algo invisible ata el alma. Aquí duele quedarse... y duele partir.

GIOVANNA AGUIRRE CORTÉS, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Se lo llevó el mar

Iba todos los días a la misma playa a mirar el agua, callado. Decía que el mar se la había llevado. Una tarde también se lo llevó a él, y nadie dijo nada. Solo el mar, que todavía los nombra cuando rompe.

ISIS MUNIZAGA RUIZ, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El hombre de negro

El hombre de negro, con su frazada acuestas, pide limosnas en la esquina de Bonilla con Ignacio Carrera Pinto. En la liebre, el chofer le dice a su hijo pequeño sentado junto a su madre: «te llevará el cuco». El niño mira asustado al hombre de negro, que parece surgir de las sombras. La niebla matutina envuelve la escena y el sonido de los autos pasan en un murmullo constante. El niño se aferra a la mano de su madre, temblando ante la figura misteriosa. «Me portaré bien», le dice a su padre.

MARÍA SOLEDAD GONZÁLEZ SEGOVIA, 66 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Purilibre

Las colas de zorro se menean sobre el cielo azul. Escucho al río susurrar canciones que no entiendo. La mordida de un jerjel me recuerda que el verano se aproxima. La basura vuela, los turistas llegan.

CARLA PÉREZ DE ARCE ÁLVAREZ, 34 AÑOS, SAN PEDRO DE ATACAMA.

Infancia calameña

Con la silla en la cabeza camino hacia la plazoleta de la sede vecinal para jugar con mis amigos, entre tierra, balancines y sol.

MICHELLE ZULETA ÁLAMOS, 31 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La derrota en el Regional

Las derrotas duelen, pero las de local te hacen llorar. La salida silente, las chaquetas grises, la comida en remate y los que gritan «no vuelvo nunca más». En la micro ni el payaso es capaz de consolar la tristeza de que además el lunes está por llegar. Nos bajamos de a uno en uno sin cruzar palabra... ya sabemos que en dos semanas nos volvemos a encontrar.

RODRIGO CORTEZ ÁVALOS, 41 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La chilena del minuto 90

Era la final del campeonato de La Perla del Norte y estábamos empatados. Cuando ya el partido va a terminar, abro una jugada con mi compañero de equipo y él me tira de la esquina un centro. Siendo la última jugada, me elevo haciendo una chilena, pegando a la esquina del arco. Cuando entró, toda la gente gritando gol, dándole el título a mi equipo y mi mamá, que nunca me apoyó en el fútbol, que decía que no era lo mío, fue a verme y con lágrimas en los ojos gritó que la chilena la hizo su hijo.

VÍCTOR SOTO ROJAS, 30 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Último round

Nunca nadie me había golpeado tan fuerte, este rival es uno de los más poderosos a los que me he enfrentado. En cada round siento el daño, solo espero llegar vivo al último asalto. Me queda admitir, no hay boxeador que pegue más en la cara como el sol de Mejillones un día de verano.

KEVYN HATTE VALDIVIA, 27 AÑOS, MEJILLONES.

El rey de la pobla

Cuando me junto con mis yuntas voy siempre adelante y el resto me sigue a donde sea que vaya, corremos por todas las calles y jugamos en cada rincón del barrio. A veces las vecinas nos corren, porque metemos mucho ruido, pero no me enojo pues sigo siendo el rey de la pobla. Hasta que aparece mi dueño y de un grito me manda pa' adentro, yo le hago caso y al tiro me voy a la cucha.

LEONARDO PÁEZ GONZÁLEZ, 37 AÑOS, MEJILLONES.

Juan López

Yo estaba con unos amigos jugando pillados por todo Juan López. Luis se escondió por la playa, la Anaís se escondió por la entrada de Juan López, Alejandro se escondió atrás de nuestra casa y el Fernán se escondió con Alejandro. Salí a pillar y encontré al Luis primero, y buscaba y buscaba a los demás con el Luis, y como no los encontrábamos, los buscamos en bici. Los vimos y ellos se fueron corriendo.

GASTÓN ROBLES SIERRA, 12 AÑOS, ANTOFAGASTA.

¿Qué es más seco?

No sé qué es más seco, si tus mensajes o el norte de Antofagasta.

STIVEN CASTRO GRANADO, 14 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Tierra salada

Cuando llovió en Antofagasta salimos todos a mirar. Era tan raro ver agua cayendo del cielo que hasta los perros se confundieron. Duró poquito, pero el olor de la tierra mojada quedó. Me hizo pensar que hasta en el desierto hay milagros, aunque duren solo un par de minutos.

NATASHA MÉNDEZ CUÉLLAR, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Fuegos artificiales

Toda mi vida he vivido en el mismo barrio, y desde que tengo memoria, mínimo una vez a la semana se escuchaban fuegos artificiales en la mitad de la noche. Mi madre decía que era el panadero avisando que ya tenía pan, pero después una bala perdida entró a mi casa y dejé de preguntar.

MARIANA VILLAR LABRA, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Predicción

Quién iba a pensar, tengo 76 años, 56 años en La Perla del Norte. Cuando tenía 20 vine de vacaciones por primera vez, hasta que se me ocurrió pasar por debajo del Kiosko de la plaza.

GERMÁN FUENTES CORTÉS, 77 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Ascenso al ancla

Suena el disparo, queda la polvareda hacia el Liceo B13. Competidores avezados buscando un título, deportistas de hábito sumando una odisea más, militares conmemorando la Guerra del Pacífico y nosotros por puro huevear. Quince minutos y aún en Oviedo Cavada; a los treinta nos aplaudían los parroquianos de La Perilla al pasar por sus puertas batwing; a los sesenta minutos subíamos el cerro con ganas de vomitar. Éramos nosotros y los militares, el resto ya estaba en la meta. Ya en la cima contemplo La Perla del Norte. Wow, ya no quiero bajar.

RODRIGO RODRÍGUEZ CORTÉS, 41 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Me fui quedando

Decían que si pasabas por debajo del Kiosco de Retreta te quedabas para siempre. Yo no creía en esas cosas. Pero aquella tarde el sol teñía de cobre los cerros y el aire olía a mar. Crucé por debajo sin pensarlo. Desde entonces no me he ido. El mundo siguió, pero yo me quedé. Aquí aprendí los silencios del viento, los secretos del desierto, la calma de las olas. Cada vez que paso digo lo mismo: quiero morir entre los cerros y el mar. Y tal vez ya lo hice, y lo que queda de mí solo sueña con quedarse.

ALEJANDRO ROJO CORTÉS, 49 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Extraños en una tierra extraña

Yo la vi nacer, blanca como el salitre, el año que cerraron Pedro de Valdivia. Su madre, aterrada por su albinismo, la abandonó en una iglesia de Antofagasta. De niña creía que venía de otro planeta. Caminaba por mí como quien busca señales. Algunos dicen que no envejece ni tiene sombra, que aparece en sueños y en varios lugares al mismo tiempo. Una noche, un niño le ofreció una galleta. Comió en silencio, sonrió. Al alejarse, ella se elevó. Él se convirtió en zorro y huyó entre mis piedras. Soy el desierto. No me pregunten por qué.

ALEJANDRO GAROTTI GASEP, 47 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La lluvia en el desierto

La lluvia caía sobre el desierto, gotas de agua en la arena seca. Un cactus se irguió, solitario, esperando el agua que lo haría florecer. La lluvia lo envolvió y el cactus comenzó a beber, sus espinas se suavizaron, sus flores se murieron y el cactus se puso muy triste, porque el desierto lo hizo secar. Pero dijo el cactus: «dejé mis semillas por si sale otro cactus», y así fue. Salió otro cactus y creció. Habían crecido muchos y aún no llovía, nos pusimos tristes, pero vimos una tormenta grande y después creamos un pueblo llamado Toconao.

SIMÓN VARAS GAVIA, 13 AÑOS, SAN PEDRO DE ATACAMA.

Porque son del norte

No, no estoy hablando de un muñeco poseído, ahí nacieron mis papás. Pero solo unos pocos entienden de qué lugar estoy hablando cuando digo el nombre abreviado.

LUNA ESTAY TORREJÓN, 22 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Lenka Franulic en el Paseo Matta

Cada vez que paso por el Paseo Matta, veo a Lenka Franulic mirando el celular de alguien que se ha sentado a su lado. Yo creo que está recopilando información para su nuevo reportaje.

CARLOS LAGOS SAAVEDRA, 12 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La extraña ancla del cerro

Nunca supe la razón de por qué estaba esa ancla en el cerro, pero ya la sé. En el cielo vive un gigante marinero, el cielo azul es el mar, las nubes son espuma y el sol es la linterna del marinero. Ese marinero ha navegado por todos los países y ciudades, pero al llegar a Antofagasta su ancla se cayó, él trató de sacarla, pero al ver que no podía rompió la cadena y se fue. Al no tener ancla el barco se hundió y de vez en cuando caen gotas de lluvia que son sus lágrimas tristes de pena.

MARÍA PAZ NÚÑEZ CONTRERAS, 13 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Chunchules de mar y tierra

Ayudo a mi taita Vicente Edmundo en un saco a echar: cabrillas, jureles y cojinovas, todas desguatadas. Vamos al Matadero Municipal de Tocopilla a ver a nuestro amigo «el matarife»... Es día de «carneo». Llegamos, yo tomo en un dedal «agua de nuca» y mi padre «sangre». Y como en un trueque, nos pasan un saco lleno de «menudencias»: guatas, hígado, lenguas con su tronco, corazón, callos, chunchules, patas, mollejas y riñones... De vuelta en casa, yo aturdido, duermo toda la tarde.

RAFAEL AVENDAÑO MELENDEZ, 67 AÑOS, TOCOPILLA.

La flor de las emociones

Había una niña que tenía una semilla, y la quiso plantar. Hizo lo que cualquier persona haría, plantarla. Pasaban los días y creció una flor. Pero no cualquier flor, esta flor hablaba. «Oye, niña» –la niña se asustó, pero le habló. «Eh... ¿qué pasa?» –la niña trató de responder calmada. «¡Ey, riégame!». La niña regó la planta y sus pétalos se movieron felizmente. Pero al otro día olvidó regarla y le crecieron espinas.

SOFÍA CORREA CORRALES, 11 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La guerra

Mi nombre es Tom, trabajaba como constructor en Antofagasta hasta que un día me llamaron para ir a la guerra del desierto. Tuve que ir, han pasado cinco meses y llevo cuatro en estas trincheras. Estoy cansado y tengo miedo, soy médico aquí en la guerra. Le dispararon a un compañero afuera de la trinchera. Fui rápido a ayudar, no podía caminar y en eso cae una bomba al lado de nosotros. Pararon seis días, pensaron que había muerto, pero solo estaba enterrado en los escombros. Me levanté mareado y alrededor no había nada.

CRISTIAN RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, 13 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El último cine

El Cine Nacional cerró en el 98. Pero cada viernes, don Ernesto abre la cortina, limpia las butacas y proyecta películas para nadie. Dice que mientras haya luz, hay memoria. A veces me siento con él. Vemos cintas mudas y comemos cabritas. Afuera, Antofagasta sigue creciendo, pero adentro, el tiempo se detuvo.

CARLOS DASATI RAMÍREZ, 59 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Extraños en la noche

Era habitual, en la última función de la noche en el cine-teatro de Pedro de Valdivia, ver llegar una gran cantidad de trabajadores provenientes, enganchados, de la Cuarta Región y otros de las costas maulinas, todos ansiosos de escuchar el tema «Extraños en la noche» de Sinatra, que nos permitía ingresar para dar inicio a la exhibición de la película. Irónicamente extraños éramos todos nosotros que llegábamos a ese lugar para acortar la noche o simplemente para matar la soledad del alma que se siente cuando se tiene lejos a la familia.

NELSON AVENDAÑO VELIZ, 67 AÑOS, MARÍA ELENA.

De mapas y tesoros

El Nano abrió el viejo mapa que guardaba de sus años de geólogo en terreno. Le pasó la lupa a Alfonso y juntos recorrieron las calles que ya no existían de la ciudad hasta llegar al desierto. Una vez ahí, el tata trazó líneas rojas por entre los cerros hasta llegar a un punto específico. Alfonso se acostó sobre su regazo, cerró los ojos y sonrió. El mapa entonces pareció calzar perfecto con la arruga de ese abrazo.

ALONDRA BARRAZA CRESPO, 34 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Carmen y más Carmen: un himno a mi familia

Primero fue Carmen. Pies curtidos de salitre, voz de yesca y abrazo de fuego. Luego, otra Carmen, que bajó con la mirada alzada y el hambre domada. Después vino la del pañuelo morado, de la voz ronca, de las manos partidas que parieron historia. Carmen, Carmen y más Carmen: fundaron el apellido entre la pampa y el viento. Resistieron con las uñas, bordaron ternura en sacos de calamina, se hicieron sombra y sol en la memoria. Hoy, cuando el cielo de Taltal tiembla al atardecer, no es el viento: son ellas que siguen caminando. Carmen... en todas las que vendrán.

CLAUDIA ÁLVAREZ IRIARTE, 36 AÑOS, TALTAL.

Gota

Primer Lugar

Esas manchas blancas en tus brazos... Decías que eran solo gotas de lluvia que se quedaron en tu cuerpo, pero no. Era el norte, ocupando tu piel.

TOMÁS RODRÍGUEZ RETAMAL, 36 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Pescado maravilla

Aún recuerdo esa tarde volviendo de un largo día, hicimos una parada en Tocopilla y pensando en qué podíamos comer, nos decidimos por sándwiches de pescado en el mercado, pero como solo tenía para llevar decidimos comerlos en la ruta. Entré al auto, me quité las zapatillas, me tapé con una manito y empecé a comer. Mientras comía el pan, me agarró el sueño, entonces lo terminé, cerré los ojos y desperté en Antofagasta.

GASPAR VILLA CLAVERIA, 12 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La luna del norte

La luna aquí es más grande. O eso dicen. Él la mira todas las noches desde su container. No tiene vista al mar. Ni al cerro. Solo a la luna. Dice que con eso basta. Y aunque nadie le crea, sabe que tiene razón.

DIEGO FISCHMANN PAZ, 27 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Ramón la pensó, nosotros la habitamos

Nadábamos hasta la balsa del balneario como si fuera una isla secreta. Ramón fundió su nombre en ella, dicen. Yo me lanzaba al agua y sentía que el mar se reía conmigo. Un verano la sacaron. Dijeron que volvería. Nunca volvió. Camino por la orilla y la busco, aún. Solo el sol brilla sobre un hueco en el mar. La ciudad creció conmigo, pero se le olvidó esa promesa. A veces cierro los ojos y la veo. Sigue ahí, esperando. Como nosotros. Porque hay balsas que no se hunden: flotan en el recuerdo de toda una ciudad.

IGNACIA CUELLO CUELLAR, 20 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El mismo mar

Mi tata Ramón no me enseñó a pescar. Me enseñó a mirar el mar. Nos sentábamos en las rocas de Coloso y él señalaba el horizonte. «Ese barco que se ve chiquito», decía, «allá lejos es gigante. Igual que los problemas de uno. Depende de dónde los mires». Nunca entendí bien hasta que él se fue. Ahora vengo solo, me siento en la misma roca y miro el mar. Los barcos siguen yéndose, los problemas a veces crecen, pero el mar de mi tata Ramón sigue siendo el mismo.

LEANDRO TORRES CHIANG, 34 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La costa de roca

La costa de roca, primigenia y hermosa, compuesta de bivalvos y crustáceos, como en la época de los changos. Brillaba la roca, resonando la ola en la costa de la roca...

CARLOS LEAÑO AGUIRRE, 27 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Amigo mío

Iba caminando por la costanera algo deprimido hasta que me encontré a un amigo. Estaba tomando el sol, sus bigotes no se interesaron mucho, pero aplaudió sus aletas y me hizo sentir un poco mejor. Se tomaba un descanso del océano, me dijo.

MONSERRAT AMIGO GONZÁLEZ, 14 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Población marina

En otras noticias podemos ver cómo los lobos marinos se toman todas las barberías y tiendas ubicadas en La Torre. También estarían robando las motos de PedidosYa. Acá vamos a hablar con uno de ellos. «Señor lobo marino, ¿por qué lo hacen?». «Porque está de moda acá en Antofa, y si unos pueden, nosotros por qué no». Esas fueron las declaraciones, adelante estudio.

IGNACIO ROJAS GALLARDO, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Panorama en la playa

Las distintas playas que hay en mi ciudad motivan distintas juntas. La Chimba es una de las mejores para ir a tomar desayuno bien temprano. El Trocadero es ideal para organizarse con tu familia, para ir a tomar once con una rica brisa marina mientras te tomas un té calentito. La Paraíso es rica para ir en cualquier horario y quieras estar tranquilo disfrutando el día. El Balneario es más para ir con amistades y divertirse un buen rato. Llacolén es un muy buen destino para ir con la familia a comer un asado a la orilla del mar.

CRISTOPHER FLORES TRONCOSO, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Los tomoyos del ayer

Al mediodía visité la playita del Hotel Antofagasta, aledaña al Club de Yates. La baja marea me permitió arrancar unas «tetas» de piure para carnada. Luego, adentrándome por roqueríos transitables, escogí una poza en quietud. Ya «tirando lienza», borrachillas y chalacos, por discriminación culinaria, no calificaban para la mesa. Solamente los tomoyos colmaban mi balde. La pesca resultaba pletórica, sin pausa. Al atardecer, desafiando la pleamar, súbitamente una sigilosa ola arrancó el balde llevándose el mar adentro. Impotente, clavé mi vista al confín. Allí, ya recostándose, una cara redonda anaranjada y fulgurante parecía reír a carcajadas. Así recuerdo ese ayer.

MANUEL DÍAZ ZAMORA, 78 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Palomeando

—Ese roto no se me escapa— Disparó. El pampino agitó sus brazos antes de caer y levantar polvo. —Parecía una paloma huyendo, el muy revoltoso— Y siguió apuntando a los que arrancaban.

ANDRÉS OSSES CÉSPEDES, 51 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Río secreto

Premio al Talento Infantil

Ese sábado mamá nos llevó a un lugar sin nombre. Caminamos por piedras y arbustos secos, hasta que el viento cambió. Escuché agua. Y ahí estaba: un río delgadito, escondido, que salía de un túnel lleno de grafitis para después llegar hasta el mar. Mi mamá me dijo que era el humedal Las Vertientes, pero para mí es el río secreto de Antofagasta.

AMANDA BARRAZA VARAS, 10 AÑOS, ANTOFAGASTA.

La Portada vergonzosa

Había un monumento histórico en el mar, creado por sí solo. Los turistas le sacaban fotos y también se podía bajar en una escalera. Hasta que un día a La Portada le empezó a dar vergüenza tantas fotos que le sacaban. Poco a poco cerró su acceso para bajar, los turistas empezaron a irse y, pronto, La Portada fue feliz.

AGUSTINA ARANCIBIA UGARTE, 11 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Neblina

Me levanté temprano por el sonido de una alarma no programada, prendo la tele en el canal de noticias y oigo voces preocupadas. Me hago un pan con palta y café, para posteriormente mirar por la ventana, otro basural se estaba incendiando y nadie hacía nada.

BENJAMÍN BARRÍA MELLA, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Política sobre la mesa

Cómo quieren que no opine si he pasado toda mi vida viendo como esperan en el consultorio.

JULIETA OLIVARES OLIVARES, 15 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Cielo en llamas

Cada tarde, el sol cae lento sobre el mar, tiñendo todo de fuego y calma. No salgo mucho, solo estudio y vuelvo a casa. Pero justo en ese instante, con el cielo ardiendo en tranquilidad, siento que algo dentro de mí también se mueve. No digo nada, solo miro, es mi forma de existir fuera de todo, aunque sea por un rato.

ALAN LEIVA VEGA, 20 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Papá Lobo

El otro día fui a Coloso con mi papá y pasamos a saludar a los lobos marinos, luego nos devolvimos en el auto para ir a tomar tecito a la casa. Cuando nos sentamos me di cuenta de que al lado mío había un lobo marino. Confundí a mi papá con uno. Mientras yo tomaba té con el animal, mi papá se comía una empanada de mariscos con los otros lobitos.

MACARENA PONCE ASTUDILLO, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Flores que enamoran

Las flores de loto son muy vistosas en los estanques de Japón, pero aquí no hay ninguna. Entonces se me ocurrió: Sacar algunos hibiscos de los arbolitos que están en el Parque Japonés, y dejarlos flotar en el agua donde está el puente. ¡Pasan piola las flores! Entre las parejas que pasan por ahí, las novias quedan sorprendidas, y piensan que es una sorpresa de parte de sus novios. Eso me convierte en cupido: en vez de usar flechas, usa su ingenio. Nadie sabe que el crédito me lo llevo yo, con solo saberlo me siento complacida.

CONSTANZA GONZÁLEZ GODOY, 17 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Sonido del reloj

Premio al Talento Breve

Qué lindo sería despertar con el sonido del reloj de la Plaza Colón, lástima que vivo a 12 km de ahí.

VALERIA DÁVILA MORALES, 16 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El mercado

Siempre recordaré con gran cariño esos sábados en la tarde, el hedor de multitudes y el gran sabor de la palta reina del local 56.

IGNACIO RODRÍGUEZ ÁGUILA, 18 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El barbero de Cali

Premio al Talento Mayor

Caminó tres kilómetros desde la toma, necesitaba quinientos pesos para la micro que lo llevaría al centro, se cansó de escuchar: «No te da vergüenza, negro, con ese cuerpo pedir limosnas. Anda a trabajar a una minera». Triste gente sin imaginación. Es cierto que era fornido, es cierto que puede tirar pala hasta el infierno, también podía detenerse para mirar a otro tan pobre como él. Pero se trata de lo que debía hacer. Caminando llegó a la peluquería por primera vez, donde le esperaban las lociones, las navajas, las tijeras y los azabaches sillones.

CRISTIAN MUÑOZ TORRES, 65 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Señal

Cada tarde, las nubes cruzarán detrás de los cerros tras la huella de las gaviotas. Cada noche las estrellas enviarán una señal sin dejar rastro sobre el mar.

IGOR FLORES PARDO, 60 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Gracias, mamá

En mi cumpleaños me aplaudieron tan fuerte que ni siquiera me daba cuenta de que mi papá no estaba.

FERNANDA RODRÍGUEZ FLORES, 15 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Pastel de choclo

Siempre que mi abuela nota que me siento mal me invita a quedarme a su casa, prepara pastel de choclo y vemos películas juntas. Sin duda mi abuela es mi mejor amiga.

ROUSSES FUENTES FORETICH, 13 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Memorias

Recordaré por siempre a la viejita vestida de palo rosa que reclamaba por todo y siempre se reía conmigo, pero trato de olvidar a la señora mayor que perdió su energía y que no sabe quién soy.

ALANIS CONCHA NARANJO, 17 AÑOS, ANTOFAGASTA.

El tren de la vida

Sentada en una banca escuchaba el tren acercarse, a través de una malla saludaba al maquinista, poco a poco dejaban de sonar los rieles y a la distancia el tren se desvanecía. Esperaba al otro día como un espectador espera el estreno de una película. De pronto se daba cuenta de que su vida avanzaba tan rápido como ese tren minero.

NICOLE CASTILLO LAGUNAS, 36 AÑOS, CALAMA.

Corazón cobrizo y desértico

A las cinco de la mañana, mi abuelo descendió al socavón minero mientras Antofagasta dormía bajo un cielo sin nubes. Cada día era igual: casco, linterna, silencio y roca. En la oscuridad profunda, solo escuchaba su respiración y el golpe rítmico del martillo. Pensaba en su nieta, que dibujaba desiertos con crayones naranjas. El cobre salía en trozos pequeños, pero pesaba como el pan que ponía en su mesa. Al subir, el sol caía sobre el desierto como fuego. Mi abuelo cerraba los ojos un momento. En ese breve instante, sentía que bajo la tierra también podía sostenerse un sueño.

GABRIELA MORALES GONZALEZ, 11 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Última actualización

Mención Honrosa

—Papá, ¿Qué le pasó al mar? —Se fue... cansado de nosotros. —¿Y el cielo? ¿Por qué brilla raro? —Porque ya no es cielo... son pantallas y están rotas. Ambos miraron la costanera vacía. La niña arrastró un balde sin agua; el padre tragó polvo y recuerdos. Arriba, un cielo encendido proyectaba estrellas falsas. Abajo, el lecho marino era desierto de huesos y basura. —¿Volverá el mar? —susurró la niña. —Quizás mañana... —mintió. El viento nortino revolvió sus cabellos. Entonces cayó: era una lluvia parpadeante de píxeles azules. El padre la abrazó fuerte: era solo la última actualización... y acababa de fallar.

FRANCISCO MONTERO CERNA, 39 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Leticia

Cada mañana Leticia baja a la orilla con su bolsa de género. No busca peces ni algas: busca milagros. Una tabla, una botella rota, un corcho mordido por las olas. «El mar me habla», dice, mientras saca un pedazo de neumático como quien encuentra oro. En su patio, todo tiene forma nueva: un canasto, una lámpara, una casa en miniatura. «Es basura transformada», murmura, «como yo». Antes era invisible. Ahora sus manos cuentan historias con restos del mar. Y aunque nadie lo note, el mar también sonríe cuando ella limpia sus heridas y las vuelve arte.

KAROL BARRAZA CRUZ, 41 AÑOS, TOCOPILLA.

Aniversario

Viejo, la cena está lista. Preparé arroz con pollo y prendí la velita. Pero antes, ponte aquel paletó azul que me encanta, está planchado. ¿Recuerdas esta canción? Me la dedicaste cuando me propusiste matrimonio, cuando aún era una chiquilla. Y miranos ahora: marchitos y cansados, pero felices porque a pesar de los años estamos juntos en un nuevo aniversario. Pero solo el silencio respondió... Para ella, el amor no se extingue como aquel desgastado cerillo en la mesa. Para los vecinos del barrio, solo un delirio más de la loca de la calle Clodomiro Rozas.

ALEX PÉREZ IBACACHE, 44 AÑOS, CALAMA.

Don Pepe

Sus ojos achinados siempre sonreían al entrar. Con su cuaderno gastado en mano y mochila al hombro, buscaba cultura como un hombre sediento en el árido desierto. Anotaba todo con una minuciosidad infinita: Fechas, nombres, descripciones. Incluso dibujaba a mano alzada. Ya era parte de las autoridades del Teatro Municipal. Dicen que ahora asiste desde más arriba. Le guardaron su butaca en primera fila, allá en el cielo.

PÍA BASCUÑÁN GUTIÉRREZ, 41 AÑOS, ANTOFAGASTA.

María Elena

Me siento a escucharla y puedo verla corriendo por la tierra con sus ojos color desierto y su pelo revuelto.

ALEXIA VERA VILCHES, 26 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Memorial

Premio al Mejor Relato de la Memoria

Con mi familia en noviembre solemos ir al Memorial de Detenidos Desaparecidos de San Pedro de Atacama. A mi abuela le sigue dando pena, aunque aceptó rehacer su vida sin su esposo, al igual que mi madre, que no tuvo la oportunidad de vivir con un padre. En uno de esos viajes me quedó el recuerdo de mi hermano diciendo inocentemente: «mamá, ¿dónde se supone que está el tata?», a lo que mi abuela responde: «mira el cielo, ahí está tu abuelo, feliz, tocando guitarra con sus compañeros y dándole vida a la fiesta allí en las estrellas».

JOAQUÍN GALAZ HIDALGO, 15 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Juan Pampino

Juan, el campesino enganchado, se hizo pampino en las salitreras, donde endureció sus músculos y su alma. Padece muchas desgracias. Una peste de viruela lo dejó viudo y sin hijos. Juan, con sus manos seniles y encallecidas, ha rebasado los setenta años. Está solo. Se niega a abandonar la oficina, caminando a paso lento por sus calles polvorientas, hasta que un día llegó a dormir eternamente a uno de esos cementerios salitreros. Yo fui el encargado de escribir su nombre en esa modesta cruz de madera... pero nadie sabía su apellido, y no me quedó otra que colocar: Juan Pampino.

MANUEL GONZÁLEZ CRISTI, 77 AÑOS, ANTOFAGASTA.

Déjà vu

Son las siete de la tarde, el sol ya se ocultó, el bus sube por la calle Paraguay, los niños se despiden de su padre que va por cinco días a trabajar a Calama, yo oculto mis lágrimas con una mano mientras agito la otra para despedirme, el viernes lo veré de nuevo y estaremos juntos, lo veo alejarse, miro el reloj y... Son las siete de la tarde, el sol ya se ocultó, el bus sube por la...

GUSTAVO FLORES VALDERRAMA, 71 AÑOS, ANTOFAGASTA.

